

## Editorial

Durante el año 2015 los chilenos estamos viviendo hechos que han venido a profundizar un cierto “estado nacional de desconfianza”, síntoma que parece arrastrarse desde hace muchos años. Estos hechos van desde escándalos en el financiamiento ilegal de la actividad política, la colusión económica de cadenas farmacéuticas, el cartel del papel higiénico, y en estas últimas semanas los sobornos de la FIFA que han terminado de comprometer al presidente de la Federación Nacional de Fútbol. En la opinión pública nacional parece subsistir una especie de resignación pues nadie pondría un límite a un mal que parece generalizado.

Lo descrito en el párrafo precedente es la antítesis del argumento desarrollado magistralmente por el politólogo norteamericano de origen japonés, Francis Fukuyama, en su libro “Confianza” (Trust), quien describe el fenómeno en los siguientes términos “*Confianza es la expectativa que surge en una comunidad con un comportamiento ordenado, honrado y de cooperación, basándose en normas compartidas por todos los miembros que la integran. Estas normas pueden referirse a cuestiones de “valor” profundo como la naturaleza de Dios o la justicia, pero engloban también las normas deontológicas como las profesionales y códigos de comportamiento*”. Por oposición, las sociedades en que prima la “desconfianza” existirían mayores costos de transacción lo cual hace más difícil alcanzar estados superiores de desarrollo. En su argumentación cita y describe abundantemente los casos de Japón y China, entre otros.

En consecuencia, el estado de desconfianza que se ha apoderado del ánimo de los chilenos demanda un cambio importante pues coloca en riesgo alcanzar los niveles de desarrollo al que todos aspiramos. ¿Es posible revertir dicho estado? Si, es posible y la historia nacional y mundial así nos lo enseñan. Para ello es necesario en primer orden colocar nuestro estado en una perspectiva histórica, pues la situación que hoy enfrentamos no es la primera, ni la más grave ni la última, bastan los hechos de las crisis de la guerra civil de 1891, la crisis internacional del salitre y la primera guerra mundial o el golpe de estado de 1973. Todos parecieron estados terminales, no obstante, supimos superar aquellas dificultades. El acicate para ello fueron actos de generosidad, de ponernos de acuerdo en ciertos valores esenciales y dejar de lado las diferencias circunstanciales. Fundamentales fueron ciertos liderazgos capaces de poner el orden de las cosas en la dirección correcta. La democracia plena es el espacio natural en donde prosperan esos liderazgos.

**Dr. Luis Méndez Briones**

Profesor del Departamento de Economía y Finanzas y  
Coordinador Editorial de Horizontes Empresariales